

«VAYAN A TRABAJAR EN MI VIÑA»

Por: César Augusto ROJAS CARVAJAL, FMS



El seguimiento de Jesús para los religiosos y religiosas es una constante invitación a ir a todo el mundo, a su viña, a construir el Reino. Allí, donde muchas veces, los Gobiernos no hacen presencia. A los rincones olvidados y apartados donde nadie quiere ir. A los barrios marginales, a las periferias de las grandes ciudades y, en especial, a los hogares de los que más sufren, es decir, a los corazones de las personas, a la viña de Dios en la existencia de cada persona.

La invitación del Señor esta semana es a reflexionar sobre el lugar o porción de Dios para cada uno. Ir a la viña de la propia existencia, no importa la edad y las limitaciones, acogerlo y aceptar su proyecto. Trabajar en la propia viña es conocer, aceptar, sanar y reconciliarse personalmente, para poder salir a la viña de los otros, del otro, de la comunidad y poder compartir con ellos, hermanos y hermanas, la vida comunitaria como un regalo de Dios que se construye cada día y que se enriquece en la diversidad de dones.

Como comunidad de hermanos y hermanas, en medio de una pastoral o misión, podemos comenzar a trabajar en una viña más amplia, la viña de la sociedad, del pueblo, de la vereda o del barrio que espera de los religiosos y religiosas una voz de aliento, una mano de apoyo, unos brazos de acogida, unos oídos que escuchen, unas manos que trabajen y una vida que se comparta para construir el Reino.

Ir a la viña supone ser obedientes y escuchar el clamor de vida que hoy resuena en la sociedad. Clamor por parte de los migrantes que han tenido que dejar su patria, de los desplazados que han sido violentados y desterrados de sus tierras, de las mujeres, jóvenes y niños que han sido sometidos a la explotación laboral y sexual, de los jóvenes que han sido reclutados y obligados a hacer parte de grupos armados y mafias que operan al margen de la ley. Es escuchar que detrás de hombres, mujeres, jóvenes y niños hay un clamor de vida porque se les respeten y garanticen sus derechos y no se les vulnere en sus individualidades.

La viña del Señor, expresada en los lugares físicos y humanos, hoy sufre y requiere de la presencia mística, profética y misionera de los religiosos y religiosas. En algunas zonas hay dolor, terror y llanto por la muerte de líderes sociales, jóvenes, indígenas y afrodescendientes que lideraban sus comunidades. Hay dolor y tristeza en las comunidades que ven como son arrasados sus recursos naturales por la minería y explotación desmedida y ambiciosa de unas multi y transnacionales. Hay soledad en los corazones de los campesinos que

pierden sus cosechas por los fenómenos naturales. Hay desolación en la sociedad por la pérdida de empleo o quiebra de sus negocios. Hay desconfianza y angustia por el manejo de esta crisis que vive el país y el mundo.

Hoy, más que nunca, nos anima la voz del Señor, independientemente la hora del día y de la existencia: «*Vayan a trabajar en mi viña*». Trabajar en la viña necesitada del Evangelio, sedienta de paz, justicia e igualdad. Trabajar en la viña que ha sido olvidada y donde ha crecido la cizaña del odio, rencor y venganza. Trabajar en la viña donde los sueños, la esperanza, la verdad y el amor se ha teñido de luto. Trabajar en la viña que ha sufrido la sequedad de sus proyectos de progreso. Trabajar en la viña de los corazones que, a pesar de sus heridas, creen y desean un mundo más justo.



Trabajar en la viña del Señor es, sin duda, la razón y ser de la vida de cada uno de los religiosos y religiosas en las distintas obras de misión apostólica y pastoral, allí donde hacemos presencia.